



María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer

“Estudio introductorio”

p. 9-20

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. Literatura viajera

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

574 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6415-3 (volumen 3)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Estudio introductorio

9

La contribución de los viajeros a la conservación de la memoria de los hechos pasados si no coincide, casi data del mero inicio de la memoria histórica. Es más fácil interesarse por las noticias que lleva y trae el que viene o regresa de fuera y desear conservarlas, que por los asuntos cotidianos que difícilmente entusiasman salvo por su excepcionalidad. La literatura desde sus inicios atestigua el interés por el relato de las peripecias y los novedosos conocimientos de los viajeros, comenzando por la *Odisea* de Homero, seguido de Heródoto, quien nos dejó en sus *Historias* la memoria de los viajes que realizó a tierras más allá de la Hélade.

Si el número de viajeros que escribió en el Viejo Mundo es inmenso, aunque mucho se haya perdido, en América, por la cercanía de su descubrimiento o invención, como decía O’Gorman, hace poco más de quinientos años, su legado es incomparable. Pero su recuperación ha sido un tanto lenta, sobre todo entre aquellos no tan atractivos como un Hernán Cortés o un Alexander von Humboldt. Por ello es de gran trascendencia la labor de uno de los pioneros en esta tarea de rescate en México, el español Juan A. Ortega y Medina, historiador transterrado como solía llamarse a sí mismo cuando se había convencido de que no volvería a su patria. Mas antes de llamarse a sí mismo transterrado, cuando aún no perdía las esperanzas del regreso, cuando podríamos decir que era todavía un viajero se dedicó al estudio de la obra de

aqueellos que lo habían antecedido. Sin embargo, él nunca escribió sobre sus experiencias en México y sólo platicó de estas cuando su carácter era francamente inocuo. Ahora bien, sus estudios sobre viajeros no se debieron ni a una mera curiosidad ni al deseo de dedicarse a los estudios sociales de México, si bien los estimuló, sino que se relacionaban con el tema que sería uno de los ejes de su obra historiográfica, la rivalidad entre España e Inglaterra y su vástago, el destino manifiesto.

Ortega y Medina nació en Málaga en 1913, el benjamín de los hijos de un militar que había peleado contra Estados Unidos en 1898. Pero a diferencia de su padre y su único hermano, no siguió la carrera de las armas sino que se inclinó hacia la del Magisterio. Apenas alcanzó a dar unas clases a nivel elemental y a tomar otras en la Universidad Complutense de Madrid, antes de que diera comienzo la Guerra Civil en España en el verano de 1936. Ya iniciada, el joven Ortega peleó del lado de los republicanos contra el ejército franquista. Herido en combate, se recuperó tras perder un ojo y un oído y siguió peleando hasta que tuvo que huir a Francia con los miles y miles de compatriotas que como él habían sido derrotados. Tras un año en los campos de concentración franceses, pudo llegar a México en 1940. Su bagaje lo constituían sus estudios magisteriales y universitarios, amén del conocimiento del latín, el francés y el alemán y el de múltiples lecturas de carácter histórico y filosófico. Formó parte del grupo a los que se llamó refugiados, pero estrictamente eran extranjeros de origen español, aunque en un país que no les era tan extraño. Un México que había sido colonia del Imperio Español.

Además, si bien estos españoles refugiados, en su mayoría permanecieron de manera definitiva en México, durante los primeros años de su estancia aquí estaban seguros de que pronto volverían a su patria. Era común la pregunta burlona de por qué los españoles tenían encallecido su dedo índice: porque continuamente golpeaban con él las mesas diciendo “Este año cae Franco”. De ahí que vivieran su estadía como temporal, como la viven los viajeros. Es por ello que la mirada que Ortega posó sobre el México de los años cuarenta era la de un viajero que le permitió identificar en los mexicanos rasgos de su propia cultura y a la vez distinguir lo que era propio del mexicano y ajeno a él. A propósito de esto comentaba:

el extraño viene precisamente a poner de manifiesto, consciente o inconscientemente, su extrañeza, la que él mismo experimenta ante el

nuevo cosmorama que se presenta ante su vista, viene también a poner de manifiesto virtudes y vicios, perfecciones y defectos, viene por consiguiente a descubrirnos perfiles y honduras psicológicas e históricas entrañables en las que no se había reparado por lo mismo que constituyen un modo habitual y familiar de ser y de comportamiento individual y nacional: el aire familiar colectivo.¹

Era Ortega, además, un viajero al que no todos veían con buenos ojos. Estaba de moda la corriente “indigenista” de la interpretación de nuestra historia que traía aparejada como sostén la vieja leyenda negra española, la leyenda que los calvinistas holandeses e ingleses habían puesto en circulación. Ortega y Medina emprendió la demolición de ésta para reivindicar a España en un México indigenista. En su primer libro, *México en la conciencia anglosajona*, perteneciente a la colección México y lo Mexicano a cargo de Leopoldo Zea, Ortega inició el estudio de un tema que en buena parte fue la fuente informativa que dio sostén a sus principales tesis historiográficas, el muy amplio de los viajeros que visitaron la Nueva España y después el México del siglo XIX.

La fuente original de la historiografía viajera ortegamediniana es la monumental obra de Richard Hakluyt que incluye *Divers voyages touching the discovery of America* y *The principal navigations*. Estudios inspirados en el proyecto de Francis Walsingham, ministro de Isabel I para espiar a España a la vez que emularla. Hakluyt, “a part time spy”,² mostró a los ingleses no sólo las promesas pecuniarias de la colonización, sino también la justificación espiritual de una futura colonización inglesa, en vista del mal trato que los españoles daban a los indios y lo que los protestantes consideraban su fracaso catequista.

Don Juan Ortega destaca la obra de tres viajeros, John Chilton, que había vivido siete años en España y después se le concedió el permiso de visitar los dominios españoles en 1558; Henry Hawks, comerciante que residió cinco años en la ciudad de México y, el muy conocido, Thomas Gage que estuvo en la Nueva España entre 1625 y 1636. Estos viajeros reforzaron las opiniones

1 Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Porrúa y Obregón, 1953 (México y lo mexicano), v. I, p. 9 y 10.

2 Jack Beeching, “Introduction” a Richard Hakluyt, *Voyages and discoveries*, Londres, Penguin Books, 1972. p. 19.

de sus contemporáneos sobre los derechos de Inglaterra en América y la naturaleza feraz de la Nueva España, aunque en ocasiones disientan acerca de sus bondades. Además, a la vez que se interesaban en las posibles empresas comerciales, eran también espías o pusieron sus conocimientos al servicio del gobierno inglés. Ortega y Medina no se explica de otra manera la profusión de detalles que registraron sobre las ciudades novohispanas, especialmente las mineras y sus defensas. Aunque tampoco pudieron escapar a la fascinación arqueológica que aún hoy en día los cautiva.

Mas la información de los viajeros nutre otro de los temas que interesaban a Ortega, el de la justificación inglesa de quedarse con los dominios españoles sustentada en la ideología puritana. Tema capital en la historiografía ortegamediniana en el que logró una vívida y casi aterradora disección del puritanismo en los Estados Unidos de Norteamérica. La intención de los puritanos de regenerar al mundo la rastrea Ortega en Thomas Gage, el “fraile renegado” que había abandonado el catolicismo para volverse calvinista.

Por el asombro y el horror que las riquezas de la Nueva España provocaban entre los ingleses, Gage quería convencerlos de que debía darse otro fin, cuando menos a las que poseía la Iglesia católica. Para ello que mejor que conquistar la Nueva España y regenerarla en lo material y lo espiritual.³ Gage pensaba en que dicha conquista la hiciera Oliver Cromwell, Lord Protector de la Commonwealth inglesa que tenía por entonces sus “arcas vacías” tras la Guerra Civil y la decapitación de Carlos I.⁴ Además, aunque pareciera contradictorio, Gage exaltaba a los ojos del puritano Cromwell la figura del conquistador Hernán Cortés para incitarlo a repetir la hazaña del extremeño. Ortega supone que Gage, como lo había hecho Hakluyt en el siglo anterior, trataba de enardecer las ansias marineras inglesas matizándolas de religiosidad: “El *calling* [la vocación religiosa protestante]... invocaba a la virilidad; su resonancia teológico-pragmática hacía de los credos protestantes religiones altamente belicosas, varoniles, combativas y asaz marineras”.⁵ No sorprende que en 1654 Cromwell enviara una bien pertrechada expedición, en la que venía Gage, con un plan providencial: humillar a la soberbia España. No se cumplió todo el propósito pero los españoles perdieron Jamaica.

3 Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, 1953, p. 80-81.

4 *Ibid.*, p. 44.

5 *Ibid.*, p. 95.

En el segundo volumen de *México en la conciencia anglosajona*,⁶ Ortega estudia a la “curiosa e interesante fauna viajera” que visitó a México tras la independencia.⁷ La mayor parte era de habla inglesa y comprendía desde embajadores hasta tahúres. De ellos unos veinte pusieron por escrito sus impresiones. Pensaban, como decía uno de los más destacados entre ellos, Henry Ward, el embajador de Gran Bretaña en México, que estaban haciendo “un nuevo descubrimiento del Nuevo Mundo”, pues México había derribado sus murallas aislacionistas.⁸

Ortega da la razón a los viajeros

que veían los rasgos de España en México, pero no está de acuerdo con su elección prejuiciada y negativa. Destacaban vicios como la ignorancia, la pereza, la superstición, el abusivo uso del cuchillo, la volupuosidad en la interpretación de la guitarra, o el poco interés en los negocios o en los asuntos del gobierno. Estos defectos resaltaban todavía más al ser comparadas con los modos de los sajones: hombres trabajadores, industriales e inteligentes.⁹

La crítica se refería también a la falta de limpieza, el desconocimiento total del muy inglés concepto del confort que se apreciaba en las ventanas que no cerraban, las sillas desfondadas o la falta de chimeneas en casas en las que, por otro lado, se derrochaba la riqueza.¹⁰ Menos entendían nuestras diversiones como la afición a las corridas de toros o los juegos de cartas o tradiciones sociales como la cortesía o el trato igualitario dado a los criados.¹¹ Peores eran las críticas hechas a la iglesia católica, pero eran las mismas que se venían haciendo desde la Reforma. Se quejaban también de la intolerancia y del fanatismo.¹² Ortega opina que todas estas críticas sólo reforzaban el antagonismo católico-calvinista para alentar una regeneración que hiciera a la sociedad

6 *México en la conciencia anglosajona*, v. II, México, Antigua Librería Robredo, 1955 (México y lo mexicano).

7 *Ibid.*, p. 12.

8 *Ibid.*, p. 38.

9 *Ibid.*, p. 59-61.

10 *Ibid.*, p. 66-70.

11 *Ibid.*, p. 93.

12 *Ibid.*, p. 105-109.

mexicana capaz de vivir de acuerdo con los principios republicanos.¹³ Entre los viajeros provenientes de Estados Unidos, nuestro autor encuentra que además de la denuncia de nuestros rasgos españoles, hay “un matiz nuevo: que tras su malestar y desprecio ocultaban su “urgencia *manifiesta* y su *destino* cierto” que los había llevado a quedarse con las tierras de los pieles rojas y sería la base de la doctrina del “destino manifiesto” con la que justificarían el arrebato de más de la mitad del territorio de México”.¹⁴

Ortega está adelantando aquí parte de los argumentos que sostendrían su interpretación sobre el destino manifiesto expuestos en un libro del mismo nombre.¹⁵

El estudio que constituiría el último volumen de *México en la conciencia anglosajona*, Ortega decidió publicarlo como artículo y con un rebuscado título: “Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente”.¹⁶ Su contenido, como pudiera pensarse, no se refiere a la doctrina Monroe, de la que Ortega no se ocupó sino como un mero apéndice del “destino manifiesto”. En dicho artículo, se ocupa de los escritos de dos viajeros norteamericanos: John Lloyd Stephens y Benjamin M. Norman. A diferencia de los viajeros estudiados en los dos volúmenes de *México en la conciencia anglosajona*, Stephens y Norman no escribieron sobre la sociedad o la política del México que visitaron, sino sobre las ruinas mayas que habían recorrido asombrados, cada uno por su cuenta, en los años treinta. Ortega considera muy a su jaez que Stephens buscaba un sostén histórico para su país, pues Estados Unidos carecía de “raíces telúricas” por haber exterminado a los indios en América, de ahí su “americanidad insuficiente”, y trataría de afianzarse, apropiándose las raíces de su vecino. El monroísmo arqueológico que podemos traducir por “las ruinas de América para los norteamericanos”, se basaba también en que Norman había dicho que los *mount builders* y los que habían construido las ruinas mayas eran los mismos.¹⁷

13 *Ibid.*, p.117.

14 *Ibid.*, p. 128.

15 Ortega y Medina, *Destino manifiesto: sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972. 164 p.

16 Ortega y Medina, “Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente”, *Cuadernos Americanos*, núms. 5 y 6, año 12, v. 71 y 72, 1953. p. 168-189 y 158-187.

17 Ortega y Medina, “México en 1841”, p. 236. El texto se encuentra en la p. 454 del presente volumen [n. del ed.]

En el fructífero año de 1953, Ortega escribió una de sus mejores aportaciones a la historiografía viajera, el Prólogo y las notas al libro de Brantz Mayer, *México lo que fue y lo que es*.¹⁸ Mayer estuvo en México entre 1841 y 1842, enviado por el Secretario de Estado de Estados Unidos, Daniel Webster, durante la primera administración del partido *whig* que, paradójicamente, se convirtió en expansionista bajo el presidente Tyler después de que éste quitó a Webster de su cargo por serle un estorbo. Don Juan Ortega hizo en este magnífico prólogo lo que no había hecho en las obras a las que nos acabamos de referir: un conciso estudio de la literatura viajera en México, de la que aseguraba iba más allá de la simple curiosidad puesto que trató de “develar” los secretos de la Nueva España primero y después del México independiente:

tras el fárrago lírico, tras el párrafo paisajista, claro o brumoso y tras el folklorismo en barata observado, se oculta y trasluce casi siempre el aguzado olfato del pachón venteador de futuros dividendos; concesiones bancarias y mineras; empréstitos ruinosos; importaciones y exportaciones; proyectos ferroviarios y de explotación petrolera; organización de fábricas y otros enjuagues más o menos apetitosos –sin olvidar entre éstos los políticos– y, en última instancia, las actividades más o menos descaradas del espión con vista a la posible rebatiña [...].¹⁹

Ortega destaca varios asuntos en Mayer: la referencia del norteamericano a lo que llama “nuestra historia continental” es vista por Ortega, como en el caso de Stephens, como una muestra de la apropiación de Estados Unidos del pasado de toda América, de nuevo el “monroísmo arqueológico”. A estos norteamericanos republicanos les interesaba también destacar la autotonía cultural de América con respecto al Viejo Mundo, para marcar la distancia que la separaba de la corrupta Europa.²⁰

18 Brantz Mayer, *México, lo que fue y lo que es*, pról. y notas de Juan A. Ortega y Medina, grabados originales de Buttler, trad. de Francisco A. Delpaine, México, Fondo de Cultura Económica, 1953. 519 p. El prólogo se publicó después como un artículo bajo el título de “México en 1841” en Ortega y Medina, *Ensayos, tareas y estudios históricos*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1962. p. 214-248.

19 “México en 1841”, p. 218-219.

20 *Ibid.*, p. 233.

Mayer también le prestó mucha atención a la situación económica de México y dejó abundante información estadística. No escapa a su percepción que en el presupuesto de 1840 se dedicaba mucho dinero para castigar comparado con lo poco que se gastaba en educar.²¹

Por otro lado, Ortega destaca también las muchas críticas a la iglesia católica que hace Mayer. Por supuesto, las mismas que habían hecho los puritanos, pero que le sirven al norteamericano como justificación de la expansión. Tampoco es novedoso el planteamiento. Salvo que se hizo cuando estaba a punto de consumarse el despojo. Las miras de Mayer, que pertenecía al partido *whig* como ya dije, no estaban puestas en Texas pues se oponía a la esclavitud, pero sí en California y Nuevo México, cuya anexión sugiere repitiendo el manido argumento de la amenaza inglesa. En este caso, que México entregara California a los ingleses a cambio del pago de su deuda interna.²²

La producción de Ortega y Medina de los años cincuenta muestra su marcado interés por los escritos de los viajeros, especialmente los alemanes, varios de los cuales tradujo, pero en los que no me detendré. Sólo mencionaré las cartas de Kart Wilhelm Koppe,²³ cuya identidad descubrió don Juan; las de Carl Christian Becher²⁴ y el muy novedoso estudio que escribió sobre el viajero por antonomasia, Alexander von Humboldt.²⁵ También es de Ortega el estudio preliminar al *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de la colección Sepan cuantos... de la editorial Porrúa.

Ortega retomó el tema de los viajeros más de veinte años después, aunque no había perdido el contacto con éste por los temas de muchas tesis que sugirió a sus alumnos y que a la vez que dirigió, a la vez que incorporó el estudio de los viajeros franceses, entre otros.

21 *Ibid.*, p. 247.

22 *Ibid.*, p. 239.

23 Kart Wilhelm Koppe, *Cartas a la patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830*, trad. del alemán, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1955, 144 p. Ortega publicó el estudio preliminar bajo el título "México en 1830" en su libro *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 175-183.

24 Carl Christian Becher, *Cartas sobre México: la República Mexicana durante los años decisivos 1832-1833*, trad. del alemán, prólogo y notas de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1959. 240 p. Ortega publicó este prólogo como "México en 1832" en su libro *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 187-210.

25 Juan A. Ortega y Medina, *Humboldt desde México*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1960, 318 p.

En 1987 don Juan publicó, en plena madurez, una de los libros que más satisfacción le produjo, *Zaguán abierto al México republicano*.²⁶ La obra contiene dos partes. Una, la traducción de *A sketch of the customs and society of Mexico in a series of familiar letters; and a journal of the travels in the interior during the years 1824, 1825, 1826*. Dicha obra se había publicado de manera anónima en 1828 y ya Ortega se había referido a ella en el segundo volumen de *México en la conciencia anglosajona*, pero al traducir la obra le cupo también el mérito de haber confirmado la identidad de su autor, William T. Penny.

Como en el caso del Prólogo al libro de Brantz Mayer, Ortega dedica un documentado apartado a repasar la obra de los viajeros que visitaron a México después de su independencia para situar a Penny, comenzando con esa ave de mal agüero Joel R. Poisset. Penny era un liberal inglés y era esta ideología, que campeaba en México tras la independencia, la que le había permitido, como a otros viajeros, visitar el país. Pero el que las cartas de Penny abunden en datos relativos al comercio es una muestra de la ansiedad inglesa de controlar el comercio con México, actividad que durante varios siglos impidió España.

Pero Ortega aprovecha la traducción y publicación de Penny para, a través de su comentario, traer a colación nuevamente el tema de la hispanidad en México, el de las propias raíces de nuestro malagueño autor. En un tono que raya en lo dramático, nos dice que el zaguán que España había mantenido celosamente cerrado a los extranjeros se había abierto, pero cuando México quiso presumir de su vestimenta liberal, no le fue fácil desembarazarse del ropaje de su pasado hispano que los visitantes adivinaban de inmediato oculto bajo el nuevo traje. En suma, si en su primer encuentro con los viajeros nuestro autor los utiliza para rastrear los prejuicios de la leyenda negra o del destino manifiesto, en esta ocasión le sirven para hábilmente demostrarnos que la huella de España fue profunda y añadir un argumento más a su defensa de la hispanidad, a pesar de lo mucho que la vituperaran los viajeros. De estos extranjeros nos dice

los otros, los de siempre, los que habían batallado denodada y tozudamente a lo largo de tres centurias contra todos los valores e intereses his-

26 Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1987, p. VIII-216.

pánicos, penetraron o rasgaron con sus inveterados prejuicios y estereotipos históricos la veste solemne y pudorosa, y descubrieron o vieron bajo ella la misma vitanda criatura española, incluso más degenerada todavía (y al negativo e injusto juicio de Marx y Engels respecto al conflicto yanqui-mexicano de 1847 remitimos al crítico lector a guisa de ilustración histórica) contra la que habían luchado y habían logrado desacreditar a partir del siglo XVI. La indolencia, incapacidad, anarquía, egoísmo, orgullo desaforado, fanatismo, intolerancia, explotación, crueldad e inclusive cobardía hispánicas siguieron siendo los calificativos y tópicos vigentes para caracterizar ahora a los descendientes de la espuria España.²⁷

Hasta aquí la exposición somera del uso que Ortega hizo de los viajeros para elaborar sus tesis sobre la rivalidad anglo-española y el destino manifiesto. Mas resta ahora comentar un documento, el único en el que Ortega se expresa como un viajero, y en el que narra el viaje de unas 6 semanas que hizo a Estados Unidos en 1967 y en el que visitó varias universidades. La embajada de dicho país le otorgó una beca para entrar en contacto con académicos norteamericanos y discutir sus ideas sobre la evangelización puritana, a la vez que recabar el material para concluir la que sería probablemente, la más trascendente de sus obras, *La evangelización puritana en Norteamérica*.²⁸

Conviene traer a colación algunas de las impresiones, llenas de ironía, contenidas en su “Informe del viaje a Estados Unidos”.²⁹ En Austin, Nettie Lee Benson le “mostró sus tesoros bibliográficos de origen mexicano e hispanoamericano”.³⁰ En Texas no pudo menos que dolerle la condición de la población de origen mexicano que, “aunque bilingüe, no posee con propiedad mínima ninguna de las dos lenguas y suma además a esta inopia lingüística, un doble y desolador marginalismo cultural”. De ahí que le propusiera a Leopoldo Zea que se impartieran clases de español y de inglés pagadas respectivamente por la UNAM y la Universidad de Texas, con el objeto de promover en esa población

27 *Ibid.*, p. 6.

28 Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica. Delendi sunt indi*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, 342 p.

29 “Informe del viaje a Estados Unidos realizado del 6 de noviembre al 17 de diciembre de 1967”, en Informe Académico del año 1967 en el Expediente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM de Juan A. Ortega y Medina, 13 cuartillas.

30 *Ibid.*, p. 3. Subrayado en el original.

marginada la “autoconfianza” y la “elevación cultural”. Amén de que no estaría de más promover cursos de español entre la población anglosajona para ayudarla a desaparecer “sus viejos prejuicios antihispánicos”.³¹

Le pareció exagerado dedicarle 11 días a la ciudad de Washington, si bien confesó que la estancia había sido “deliciosa, por cierto”, aunque los resultados “nulos” en cuanto a tareas académicas, si bien visitaba por las mañanas la Biblioteca del Congreso. De la visita a la casa de Jefferson apuntó: “Monticello hace cierta la expresión de Goethe, de que la casa que ha sido habitada por un gran hombre queda eternamente sellada con su real y etérea huella”.³² Pienso que tenía en mente al Jefferson republicano y no en al expansionista. A menos que le regocijara que más había tardado Napoleón en arrebatarse a España la Louisiana Oriental por el Tratado de San Ildefonso en 1800, que en tener que vendérsela a Estados Unidos en 1803.

El Día de Gracias lo pasó ya en Nueva Inglaterra con “una ‘típica’ familia norteamericana” que era judía. Comenta que seguramente para que “me sintiera más a mis anchas en un hogar judío que en uno puritano. Cuando menos no recuerdo que el doctor Katz bendijese la cena”. No sé si con eso de “a sus anchas” Ortega pensaba en los judíos que habían vivido en España quince siglos. En Boston tuvo en sus manos las ediciones príncipes de John Eliot y Cotton Mather. De este último le complació encontrar un opúsculo en latín que había firmado con su nombre también latinizado, Cottono Madero. Comentarios que muestran el orgullo de Ortega por la cultura latina, pero que son un tanto cándidos. Tras abandonar Boston, “no sin cierta tristeza y nostalgia”, su cansancio, aburrimiento y hasta irritación fueron en aumento. Le molestó sobremanera la visita a una “ciudad inventada” creada con viejas casas no-voingresas llevadas desde diversos lugares. Le habían ponderado mucho el lugar, pero comenta: “Reconozco que es interesante aunque todo es auténticamente falso. No dudo que esta *ciudad* cumple una efectiva función educativa, pero bien podría haberme ahorrado la visita, porque al fin y a la postre no se trataba sino de un colosal ‘pastiche’”.³³

En Nueva York asistió a la representación musicalizada de *El hombre de la Mancha* de la que comentaba con ironía “que sólo se puede montar y ver

31 *Ibid.*, p. 4.

32 *Ibid.*, p. 5.

33 *Ibid.*, p. 8.

justamente en Nueva York”. No sospechaba que también nos la endilgarían aquí en México años después. Fue entonces cuando decidió terminar intempestivamente su viaje y no regresar a Harvard como estaba planeado en el itinerario. El pretexto nos parece pueril si no es que burlón, “Las malas noticias recibidas de mi casa (malas en cuanto que no tuve ninguna desde mi salida de México...) me inclinaron a regresar”. No lo detuvo el que sus anfitriones se comunicaran con su esposa en México y le dijeran que todo estaba bien por casa. Confiesa que estaba cansado. Más bien estaba fastidiado porque a sus 53 años, todavía estaba lleno de energía.

En su breve y desencantado “Balance del viaje”, último inciso del informe, don Juan dice de sus colegas que, aunque todos habían sido muy amables y dispuestos, había observa que, especialmente entre

los especialistas en puritanismo, no dejó de causarles sorpresa mi interés por el tema de la evangelización puritana. Su actitud fue a veces comprensiva, otras irónica, pero siempre correcta. Creo que lo que pensaban era esto: *Bueno, esperemos a ver qué es lo que publica este historiador mexicano y entonces comentaremos.*³⁴

Nuestro viajero, a diferencia de los viajeros que él estudió, no muestra en su reporte del susodicho viaje ningún interés fuera del académico. Mucho menos asombro, sino más bien desencanto, ante la nación que visitó, la heredera de Inglaterra que había derrotado a España en 1898, en la guerra en la que su padre había peleado.

Así como cuando *La evangelización puritana en Norteamérica* se publicó y no fue comentada por los historiadores de Estados Unidos tampoco se observó fuera de nuestras fronteras el aprecio a la labor de pionero de Ortega en el estudio de la obra sobre México de los viajeros que nos visitaron. Justo es que se mantenga este legado de nuestra historiografía.

34 *Ibid.*, p. 13.